

TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

ENDA

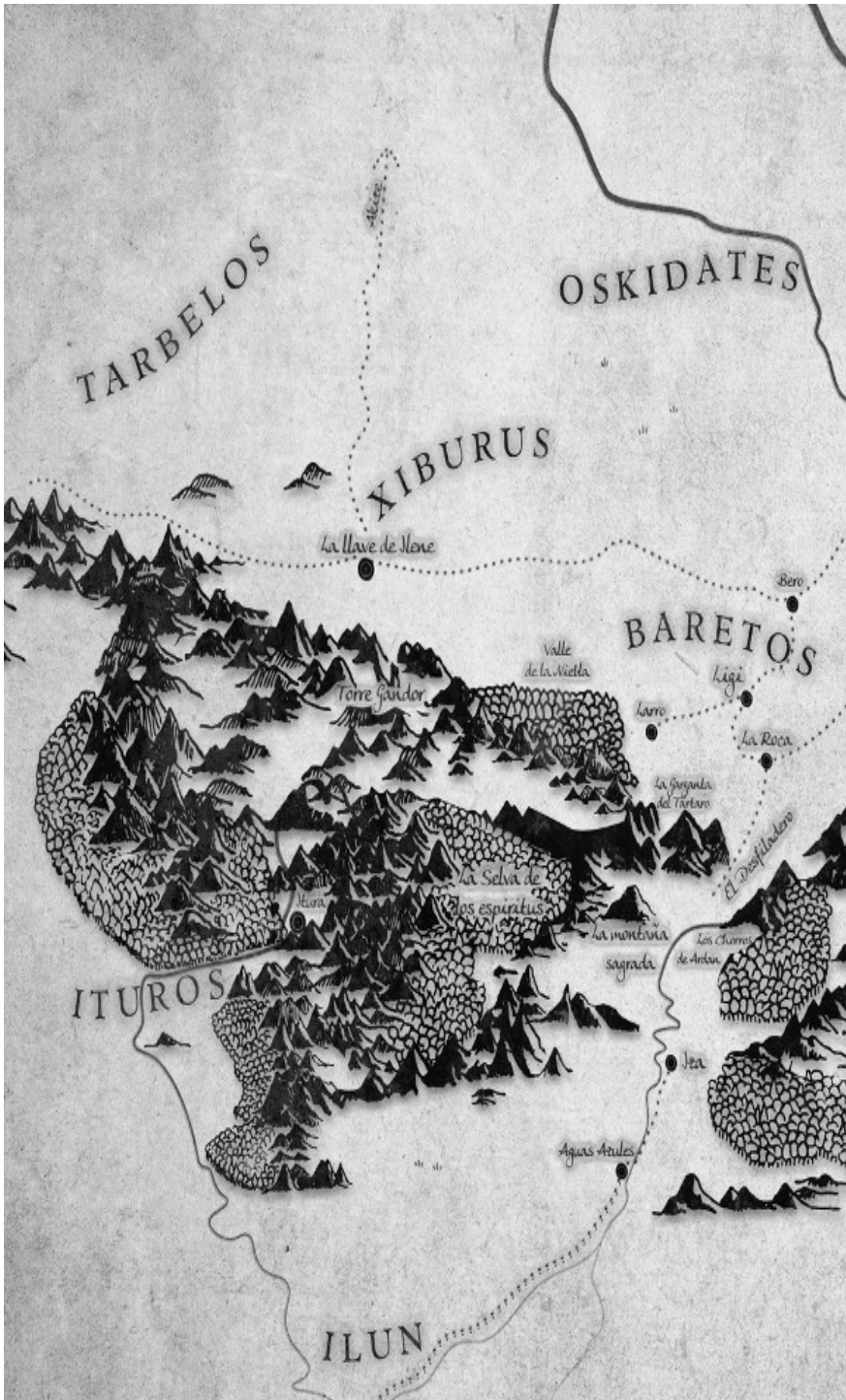


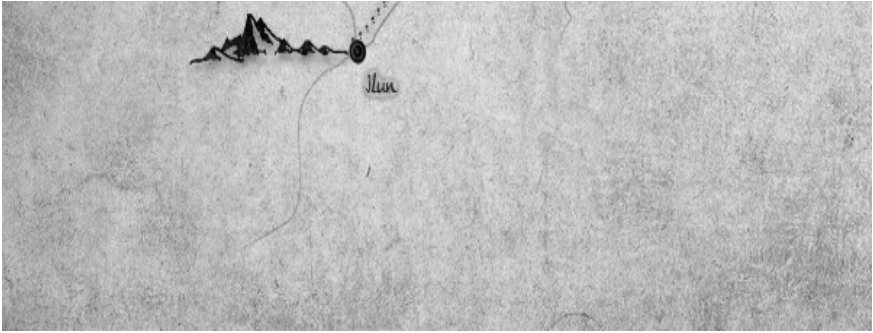
ENDA, un viaje hacia el pasado, hacia una época oscura en la que hombres y mujeres creían en gigantes y dragones; una época dura y real durante la cual las tribus que la poblaban se hubieron de enfrentar a invasores llegados de otras tierras.

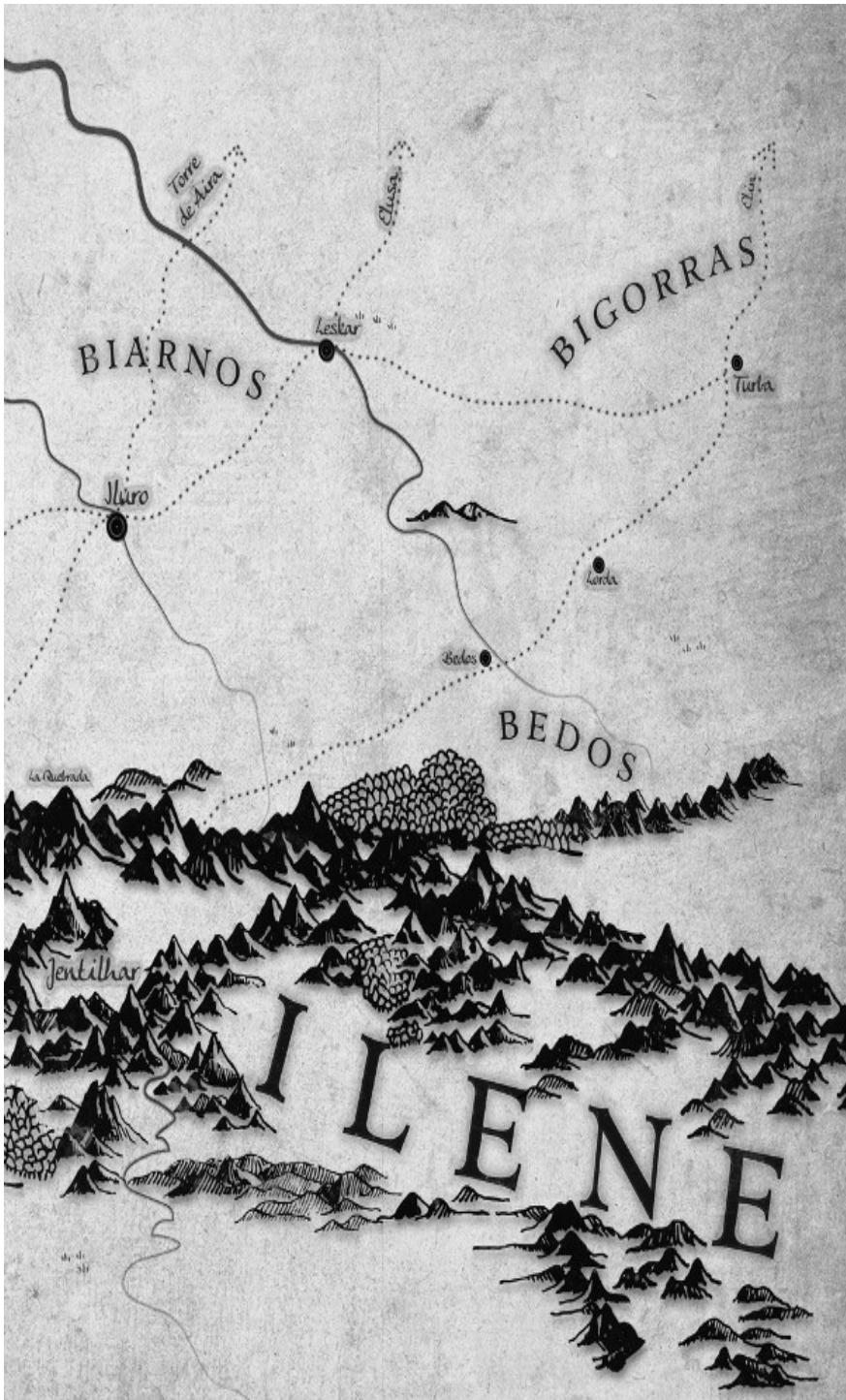
Entre sus personajes sobresale la joven Endara, quien emprende un largo trayecto desde un valle perdido hasta la Montaña Sagrada, morada de la Diosa Madre Amari. Mientras, Ihabar lucha por ser reconocido como un gran guerrero, el escéptico Garr intenta olvidar la destrucción de su ciudad y la muerte de sus habitantes, el gentil Ozen espera el momento para vengar a sus padres y el *dux* Baladaste hace planes para adueñarse de Tierra de Enda.

Estos y otros configuran un mosaico sorprendente de personajes, tan creíbles ayer como hoy, que se debaten entre la lealtad y la traición, la libertad, la justicia y la servidumbre, de la pluma de la reconocida escritora Toti Martínez de Lezea que, una vez más, sorprende a sus lectores con un registro diferente, innovador y, sin lugar a dudas, muy atractivo.

*Con mi profundo agradecimiento a Aritz Albaizar
por sus magníficas aportaciones a esta historia*









 PRINCIPALES PERSONAJES DE LA NOVELA 

FICTICIOS

ENDARA.

IHABAR, hijo de Atta y Erhe.

ATTA, hijo de Anso, jefe del clan bigorra de Turba.

ERHE, mujer de Atta y hermana de Zeian.

IZEI hijo de Atta y Erhe, hermano mayor de Ihabar y Geruka.

GERUKA hija de Atta y Erhe, hermana de Ihabar e Izei.

GARR hijo de Keio de Elusa.

IARISA, compañera de Garr.

BEILA hijo de Beila, de la tribu de los ituro.

ARAKA de Alzai.

AMUNA, mujer sabia de Ilun, abuela de Igari.

IGARI, nieto de Amuna.

BALADASTE de los tarbelo de Akize, y general de los ejércitos del rey Gontran.

ORGOT, mano derecha de Baladaste.

UNMARILUN ELANOA, jefe de los Koira.

XENTO, hijo de Unmarilun.

ZEIAN, jefe del clan biarno de Leskar y hermano de Erhe.

BUTURRA, hijo de Zeian.

ARBIL, ugazaba de Iluro.

MENDAUR, jefe del clan bareto de Ligi.

IBABE la hechicera de Ardan.

MITOLÓGICOS

AMARI, la Diosa de Enda.

INGUMA EL TENEBROSO, Señor de la Oscuridad.

OZEN, el último gentil de Jentilhar.

TALA, «Izaki», la criatura.

INKO, el dragón bermejo.

ATX, guardián del bosque.

OBEDIA, mujer de Atx.

LAMIAS DE LA FOZ DE PIEDRA.

EL LOBO PARDO.



La criatura nació una noche en que la luna se volvió roja, presagio seguro de terribles males que asolarían la Tierra de Enda. Su madre sintió los dolores del parto en el momento en que la luz del día se apagaba y la diosa de la noche asomaba enrojecida en la bóveda celeste. Aterrorizada, la mujer salió del poblado y se refugió en el cercano bosque de Orba para dar a luz bajo las ramas inclinadas de un haya. Allí, acompañada por el ulular de las aves nocturnas y el crujir de la naturaleza, iluminada por la rojiza luz del astro nocturno, nació Endara sobre el suelo alfombrado con las hojas del árbol sagrado. Tenía abiertos sus ojos oscuros, del color de la noche, y miró a su madre justo cuando esta cerraba los suyos

para siempre, aunque aún tuvo fuerzas para acercarla al pecho y alimentarla con su propia vida.

El compañero y padre las encontró a la mañana siguiente; creyó que las dos habían muerto y levantó los brazos hacia el cielo, cerrando los puños y apretando las mandíbulas para no gritar su desesperación. Se percató de que su hija estaba viva al recoger los cuerpos para llevarlos al poblado. La niña le miró con sus enormes ojos negros, y él sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal. Aquella criatura no era como las demás, eso estaba claro; no lloraba, tenía la piel extremadamente blanca y el cabello negro, no la pelusilla de los recién nacidos, aunque lo que le cortó el aliento fue su mirada oscura, pues tuvo la impresión de que no solo le miraba, sino que también lo veía. La mujer fue incinerada aquella misma noche a la luz de la luna, alba de nuevo. Los ruegos y los cantos se elevaron hacia lo alto, y la pira se encendió junto a la cueva donde serían depositadas sus cenizas para renacer de nuevo del vientre de la Diosa, la poderosa, madre de todo ser vivo, humano, animal o planta; madre también de la luna y del sol; madre de los mares y de las montañas, vientre fértil, naturaleza, vida. Endara fue entregada a una nodriza, y el padre se unió a otra mujer, tuvo otros hijos, y olvidó que también tenía una hija.

Quince inviernos habían transcurrido desde entonces, y la niña se había convertido en una muchacha a quien los habitantes del poblado temían y miraban con recelo, a pesar de que nada de lo que ella dijera o hiciera fuera diferente a lo que decían o hacían los jóvenes de su edad. No olvidaban la noche en que llegó al mundo, la luna roja de sangre, la muerte de su madre al darle a luz, el oscuro color de su mirada, signos todos ellos de que no era igual a los demás. Entre los cuchicheos a veces se escapaba la palabra «hechicera», aunque nadie se atreviera a decirlo en voz alta, por si acaso resultaba ser cierto. Creció sola, sin amigos, sin caricias, sin amor. Dormía en el cobertizo comunal en

compañía de las cabras cuya leche le alimentaba, aunque también comía castañas, frutas silvestres o manzanas que alguien le tiraba de vez en cuando como a un perro hambriento, y vestía viejas túnicas que sus dueñas no querían. Sin embargo, nadie en el poblado recordaba haber conocido a una joven de hermosura similar, una belleza que causaba estupor a quienes la veían. Vestida como una mendiga, y pese a estar todo el día al aire libre, su piel seguía siendo igual a la nieve recién caída, en contraste con su largo cabello negro como ala de cuervo, y, sobre todo, con sus ojos, pedazos de noche, de mirada insondable. Para consolar su soledad, la muchacha acudía a menudo al bosque, cuna de su nacimiento, y bailaba alrededor del haya que las había protegido a su madre y a ella. La música sonaba en sus oídos, solo para ella; giraba, movía los brazos al compás de un son inexistente, y eran los únicos momentos en los que sentía algo de felicidad. Acostumbrados a su presencia, los animales del bosque se acercaban al árbol al escuchar el roce de sus pies entre la hojarasca y permanecían inmóviles, contemplando su danza y dejándose acariciar por ella. Quizás porque las personas rechazadas desarrollan otros sentidos, Endara acabó por entenderse con ellos, sin palabras, solo por sus miradas, por el movimiento de sus orejas y hocicos, por la forma de patear el suelo. Y también ellos aprendieron a conocerla y a saber cuándo estaba contenta o cuándo, por el contrario, se sentía la más desdichada de las criaturas humanas.

Ocurrió que una noche, en que se hallaba durmiendo en el cobertizo de las cabras, entró un hombre del poblado y, sin decir palabra, se echó encima de ella con intención de violentarla. La joven se despertó sobresaltada, pero él la tenía asida por los brazos y apenas podía moverse.

—¡Ayuda! —gritó.

Como si hubieran entendido su súplica, las cabras comenzaron a balar y el macho cabrío, jefe de la manada, se lanzó contra el intruso clavando en él sus largos cuernos

cuales lanzas bien afiladas haciéndolo huir. Al poco, el poblado entero estaba delante del cobertizo y escuchaba las explicaciones del hombre corneado, quien aseguraba que había ido a ordeñar a una de las cabras, y que la «hechicera» había ordenado al macho que lo atacara. La joven escuchaba atónita las palabras de su agresor y, lo peor, veía que sus vecinos lo creían y la señalaban con un dedo acusador. Buscó con los ojos al padre, pero no encontró ayuda alguna en la pétrea mirada; tampoco la encontró en su hermano y hermana, ni en la mujer que la había amamantado. Decidió por tanto abandonar el lugar donde había nacido, y echó a andar. Entonces se produjo un hecho asombroso. El macho cabrío se colocó delante de ella mientras el resto de la manada la rodeaba, como un ejército de guerreros protegiendo a su señora, y de esta manera salieron del cobertizo, causando asombro y temor entre los presentes, que se apartaron de su camino para dejarla marchar. Al llegar al bosque, los animales regresaron al cobertizo. Endara durmió aquella noche bajo el haya testigo de su nacimiento, decidida a partir al amanecer hacia el norte, a la búsqueda de un lugar donde vivir en paz.

El silencio se quebró tan pronto como las primeras luces del día atravesaron el ramaje e iluminaron la alfombra de hierba humedecida por el rocío. Los gritos despertaron a la muchacha, quien, en un primer momento, creyó que se trataba de un mal sueño; luego se le ocurrió que los habitantes del poblado venían a matarla, y se hizo un ovillo a la espera del primer golpe. Pero nadie la golpeó, y los gritos continuaron, cada vez más angustiados, al tiempo que llegaba hasta ella un fuerte olor a madera quemada, y abrió los ojos. Un denso humo la rodeaba, y una manada de ciervos asustados pasó por su lado al trote. Por un instante pensó en correr tras ellos, pero no lo hizo y trepó a las ramas del árbol con intención de averiguar lo que estaba ocurriendo. Desde su otero apenas podía avistar algo más que el fuego que ascendía por encima de las cabañas del

poblado y la columna de humo que se mezclaba con las nubes cargadas de lluvia. No sería raro que hubiera un incendio. El viento expandía a menudo las chispas de las hogueras y quemaba las pajas de las techumbres, aunque, en esta ocasión, había algo más que no era capaz de discernir. Gritos atribulados se mezclaban con unos aullidos feroces que le helaron la sangre. Al cabo de un rato, sintió que la tierra retumbaba y, asustada, se abrazó a una rama curvada adoptando su forma, mimetizándose con ella, de tal forma que únicamente una observación detenida habría podido descubrirla. Vio pasar por debajo de donde estaba un numeroso grupo de jinetes cuyos rostros no pudo distinguir bajo los cascos de hierro, pero sí las hachas y espadas ensangrentadas que alzaban por encima de sus cabezas. También escuchó clamores de victoria en una lengua desconocida y hubo de asirse con fuerza a la rama del árbol para no caer, tal fue su impresión. Permaneció largo rato en la misma posición, hasta que la calma volvió a adueñarse del bosque. Miró entonces hacia el poblado. Apenas había ya rastro del fuego, si bien el humo era todavía visible. No se oía nada, y aquel silencio era aún más aterrador que los gritos de angustia escuchados con el corazón sobrecogido. Le costó decidirse, pero, finalmente, bajó del árbol y casi se arrastró hasta las proximidades del poblado, ocultándose tras los matos, atenta a cualquier ruido, temerosa de encontrarse con alguien.

Primero fue uno, luego otro y otro, todos, hombres, mujeres y niños, yacían muertos en el suelo encharcado con su sangre; criaturas en brazos de sus madres, niños con las cabezas separadas de sus cuerpos, mujeres con las faldas levantadas y las piernas ensangrentadas, hombres con los cráneos partidos en dos, ancianos degollados cuyos ojos abiertos mostraban aún sorpresa por su propia muerte. El padre colgaba de una cuerda, sin brazos ni piernas, la hermana se había desangrado un poco más lejos, al hermano le habían cortado la cara por la mitad. La mirada oscura de

Endara se tornó en un pedazo de carbón ardiente al reflejarse en ella la sangre de los suyos, porque suyos eran. Eran su familia, su gente, su clan, aunque no la quisieran y la hubieran mantenido apartada. No lloró, pues había aprendido desde una edad temprana a contener sus emociones, pero juró no olvidar jamás la terrible visión, arrancó un cuchillo clavado en el corazón de un muchacho y lo limpió con su vieja túnica. No era sabio permanecer en el lugar por más tiempo; los asesinos podrían regresar y harían con ella lo mismo que con su familia y el resto de los habitantes del poblado. Cogió unos panes de harina de castañas que encontró en el horno comunal y una capa de lana en sorprendente buen estado, y volvió a tomar el camino del bosque sin echar la vista atrás. Escuchó un ruido al llegar a la altura del haya y apretó la empuñadura del cuchillo. El fuerte hedor era inconfundible y, por entre unos arbustos, asomó el macho cabrío que la había defendido la víspera. Ambos se miraron, y se entendieron. La muchacha recordó haber visto también algunos animales degollados en el poblado, así pues, el macho y ella estaban igualmente solos, y juntos continuaron adelante.

Caminaron a través de bosques que parecían no tener fin sin que Endara sintiera temor alguno, pese a que nunca antes se había adentrado por territorios desconocidos. Le reconfortaba la presencia a su lado del macho cabrío, que mantenía alejados a osos y jabalíes y que no se separaba de ella en ningún momento. Las fuentes y las claras aguas de los riachuelos apagaban su sed y había momentos en que el animal se detenía ante un arbusto o un árbol, y ella siempre encontraba algo que comer: bayas, avellanas, higos, moras; su guía, sin embargo, no probaba bocado. Buscaban el abrigo de un haya, un fresno o un roble al llegar la noche y la muchacha se dormía escuchando el rumor de las hojas, el aleteo de los pájaros y el ulular de las lechuzas bajo la vigilante mirada de su acompañante. No olvidaba el final de su gente, pero cada vez más sentía que el padre y